

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*. México, Cal y Arena, 1991, 234 p.

A través de un interesante balance historiográfico Enrique Florescano documenta algunos de los cambios temáticos y teóricos que han posibilitado la renovación del conocimiento de la historia de México. Se comentan, de manera ágil y amena, las polémicas y el estado actual de la investigación histórica, sobre la base de una extensa bibliografía, lo que sin duda, hace de este libro el trabajo más completo y renovador, sobre la materia, de los últimos años.

Antecedentes de *El nuevo pasado mexicano* son las obras de este mismo autor: *El poder y la lucha por el poder en la historiografía* (1980) y *Memoria mexicana* (1987). En estos libros, Florescano expone los móviles de las distintas reinterpretaciones del pasado. Trata sobre las condiciones en que se recrea la historia y el uso que se le da en el presente en función de diversos objetivos: desde la necesidad de sancionar un orden establecido, hasta la de fundamentar un pasado compartido con miras a reconstruir una nación.

Así, de la reflexión sobre las memorias del pasado, se nos presenta ahora en *El nuevo pasado mexicano* a los autores que hicieron la renovación de esa memoria durante los últimos treinta años, y las condicionantes de tal renovación.

Las décadas de 1940 y 1950 se presentan como un momento trascendental para la producción histórica. Ésta se empezó a concebir como una actividad profesional; se definieron criterios y se crearon los ejes de su producción y difusión a través de las recién creadas instituciones académicas. Sentadas las bases de la institucionalización del conocimiento y constituida una visión académica del acontecer histórico, en la década de los sesenta se sumó el vigor crítico y revisionista que caracterizó al florecimiento de las ciencias sociales y al apogeo de las teorías marxistas en México.

Cabe apuntar que estas condiciones, señaladas por Florescano como posibilitadoras de la nueva producción historiográfica, se encuentran estrechamente vinculadas con su trayectoria personal. En él se encuentran conjugadas las dos vertientes fundamentales de la historiografía mexicana contemporánea: el saber garantizado por un sistema de instituciones, y el saber enriquecido y desarrollado por un amplio espectro teórico y metodológico, propio de los historiadores mexicanos contemporáneos.

En el primer capítulo de su libro, abocado a la historia prehispánica, Florescano expone cómo, gracias a la fundación de instituciones, disciplinas, museos y bibliotecas, se alentaron los estudios sistemáticos e interdisciplinarios que hicieron posible el desarrollo científico académico y la variedad de corrientes interpretativas. Asimismo, el autor explica como el auge de las ciencias sociales fue uno de los momentos más importantes para la creación de "la nueva imagen del México antiguo". Fue entonces cuando se creó la concepción antropológica e histórica que reconoció el carácter original de las diversas culturas mesoamericanas, dándose los enfoques para entender su desarrollo dentro de los marcos históricos y culturales que le son propios.

La primera inquietud y acercamiento a la historia prehispánica, llevó implícita la necesidad de responder a nuevos usos del pasado en el presente. La Revolución Mexicana provocó una revaloración de las antiguas culturas mesoamericanas, a la vez que hizo a un lado la historia colonial.

Precisamente, los nuevos temas de investigación y técnicas de análisis que se han implementado en "la revaloración y recuperación del virreinato" son expuestas en el segundo capítulo. Esta tarea se facilitó gracias a la prolija publicación de crónicas y fuentes de este período, junto con las primeras obras de Silvio Zavala y los estudios académicos de la década de los cincuenta. Estos trabajos, dice el autor, marcaron las pautas de nueva historia colonial. La manera en que se concibió y practicó la tarea del historiador, creó un nivel de rigor y exactitud en la investigación. Así, los estudios de los últimos treinta años pudieron crear una imagen más objetiva y compleja, nuevos campos de investigación y reintegrar el pasado colonial a la historia nacional.

Ahora bien, los trabajos de Daniel Cosío Villegas, *La historia moderna de México*, y de Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, son presentados como trabajos de punta de "la reinterpretación del siglo XIX". Con una asombrosa capacidad de síntesis se expone el estado general de la historiografía, así como a los autores y las interpretaciones de vanguardia. En este tercer capítulo, al igual que en el siguiente, dedicado a la Revolución, se aprecia claramente la versatilidad de la obra. Florescano logra conjugar los intereses de especialistas en la exposición de un debate altamente académico, a la vez que, por la claridad y agilidad con que expone sus ideas, bien puede leerse como una introducción que invita, a los no iniciados, al estudio de la historia de México.

El cuarto capítulo, titulado "la Revolución Mexicana bajo la mirada del revisionismo histórico", se divide en cuatro partes. En la primera se nos presentan las interpretaciones de cuatro generaciones de estudiosos del proceso revolucionario: los autores que fueron contemporáneos

a la Revolución y que trabajaron las obras o memorias de los actores más destacados. La segunda generación la comprenden los historiadores académicos de las décadas de 1950 y 1960. Las reinterpretaciones de éstos, aunque pretendieron una objetividad no vista en la generación anterior, mantuvieron en esencia los mismos postulados de aquella "la imagen de la Revolución que divulgaron fue la de una revolución popular, agrarista, nacionalista y antiimperialista, que confrontó a los campesinos sin tierra con los latifundistas, y derrocó a un régimen autoritario y represivo" (p. 73).

La tercera generación mantuvo una posición más crítica. Nos dice Florescano que el desencanto de los años sesenta llevó a hablar de una revolución fracasada y traicionada. Se cuestionaron sus resultados y significados. Sin embargo, para fines de los sesenta, en los setenta y posteriormente, el revisionismo histórico continuó creciendo, tanto en número como en calidad, destacando en este sentido las obras de John Womack, las que son analizadas de forma detallada en este capítulo.

En la segunda parte el autor trata los estudios dedicados a las fases del proceso revolucionario que llevaron a cabo esas generaciones. En la tercera parte se analizan en forma crítica los nuevos temas y las nuevas interpretaciones que ofrecieron; las tesis sobre la dependencia económica, el momento del cambio estructural de la economía y la tesis de la existencia de varias revoluciones y no de un movimiento único, entre otras.

Para terminar, Florescano trata las querellas sobre el significado de la Revolución que se han generado durante los últimos veinte años. En este caso, el mismo autor expone su interpretación, dándonos a conocer los procesos que él considera básicos y fundamentales para comprenderla, así como los tipos de movimientos revolucionarios que destacaron en su proceso genérico. Dentro de estos planteamientos, se da un análisis de los artículos 3, 27, 123 y 130 constitucionales, vistos como constantes de la realidad del pacto social, que dice Florescano, logró la Revolución. Esta exposición hace particularmente interesante y actual el análisis del autor. Por otra parte, no se puede dejar pasar por alto el que este capítulo dedicado a la Revolución, por sí sólo, constituya poco más de la mitad del libro. ¿Se trata de un desequilibrio gratuito o, para usar las mismas palabras del autor, responde a nuevos usos del pasado en el presente?

Cierra esta obra el capítulo titulado "Evaluación y desafíos" donde se intenta poner de manifiesto cuáles fueron los factores hicieron posibles en los últimos treinta años a la diversidad, calidad y profundidad de la historiografía. Además, se exponen las inconsistencias, retrocesos y fallas del desarrollo de las instituciones y de la investigación histórica

en México, los altos niveles que ha logrado la historiografía los explica Florescano como resultados de la aplicación de los métodos de las ciencias sociales a casi todos los campos y épocas. Gracias a la aplicación de técnicas modernas, el examen histórico se hizo más analítico y riguroso. Por otra parte, influyó también el diálogo abierto con historiadores extranjeros, que marcó nuevos niveles de competencia y profesionalismo a la vez que motivó la labor interdisciplinaria. Asimismo, la pluralidad en el ejercicio de la historia amplió el espectro temático y permitió que se rebasaran las filiaciones a teorías y prácticas anteponiéndose la calidad y significación de los resultados.

A pesar de todo lo anterior, Florescano apunta que la situación actual en los centros de investigación, enseñanza y difusión de la historia ha anulado el esfuerzo de las generaciones anteriores. Los intereses corporativos y gremiales, separaron a la investigación de la enseñanza e hicieron a un lado los antiguos niveles de rigor y excelencia académica. Ante esta opinión del autor, habría que preguntarse qué fue de los historiadores que, formados en los años sesenta y setenta, tuvieron a su cargo la guía de la actual generación. ¿Fueron también absorbidos por el corporativismo; por qué sus esfuerzos y trabajos de primera línea no continúan hasta hoy? Por otra parte, el minusvalorar la actividad de las nuevas generaciones, el autor no contempla la gran producción, si no ya de grandes historias generales y totalizadoras, sí de investigaciones monográficas y trabajos medios que no por ello dejan de ser de vanguardia, al lado de los foros, congresos y jornadas que organizan las facultades, centros e institutos.

Con miras a revitalizar el quehacer histórico, Florescano propone una serie de proyectos muy interesantes, como por ejemplo, la creación de un diccionario de historiadores mexicanos; una enciclopedia de las escuelas y corrientes historiográficas mexicanistas y una obra integradora de los principales ensayos sobre la historiografía mexicana. Estas propuestas hacen sumamente enriquecedor este libro, pues el autor no se queda en la sola enumeración de las limitantes del desarrollo del conocimiento y difusión de la historia, que por otra parte, han venido a convertirse en lugares comunes.

María Leticia PÉREZ PUENTE

Guadalupe Jiménez Codinach, *La Gran Bretaña y la Independencia de México, 1808-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 392p., ils.

Mucho se ha trabajado en la historia del movimiento emancipador mexicano, el cual ha sido visto como un proceso interno, particular, aun-